

Constantemente la imaginación del pueblo trabajaba y creaba, añadiendo a la historia bíblica adornos sin fin. Las grandes figuras de Adán, Noé, Abraham y Moisés, resaltaban sobre el fondo de la Historia Sagrada con cierta especie de sequedad que nos parece grandiosa, pero que entonces se tenía por defecto. Se lamentaba que la Historia antigua fuera tan sobria, y se le añadían cosas chistosas o edificantes. Hubo antes de la Era cristiana libros de Adán, Hamech y Noé, pero carecemos de elementos para reconstruirlos. Abraham iba siendo cada vez más el tipo de fariseo completo. Se contaban de él hermosas leyendas. Su cuerpo, como el de Moisés, era objeto de combate entre los ángeles buenos y los malos, pero no parece aún que en la época judía se le atribuyeran revelaciones.

Se honró a Moisés (sin hablar de la *Thora*) con un apocalipsis de primer orden. No hubo relato más popular que el concerniente a la muerte de Moisés. Se libró una batalla por su cadáver entre Satanás y Miguel, y, naturalmente, fue éste el vencedor.

Fue gran preocupación de los agadistas la lucha entre Moisés y los mágicos de Faraón. Los dos adversarios de Moisés se llamaban Ianne y Mambré, nombres ambos semíticos. Posteriormente al cristianismo se les atribuyeron escritos que algunos tuvieron la candidez de considerar canónicos.

Continuaba agrandándose el antiguo marco de Henoch y se le enriquecía con nuevos ornamentos. Henoch era, como la Sibila de Palestina, el oráculo permanente, dispuesto siempre a contestar. Junto al antiguo Apocalipsis del tiempo de Juan Hircano, se crearon numerosos libritos, en que se suponía que el patriarca enseñaba a los hombres cosas ocultas, misterios de los ángeles y los espíritus, toda una astrología muy mediana, que no era más que tautología, pero parecía sublime.

Cierta afición a la ciencia es lo más característico de los libros atribuidos a Henoch, que tenía la pretensión de enseñar a los hombres los secretos de la creación. Una de sus ideas favoritas era la de que la ciencia constituía una recompensa. Los justos, los elegidos, a cada progreso que realizan reciben un conocimiento siete veces mayor de todas las partes de la creación.

La rivalidad entre los buenos y los malos le impulsa a una escatología completamente feroz. El infierno, descrito con sus pormenores más horribles, es una invención de este autor que resulta un verdadero precursor de Dante. Se complace Henoch en describir los odiosos suplicios, cuyo agente principal es el fuego: el quemadero está localizado en un punto del mundo, cuya geografía se determina con repulsivo realismo.

La angelología del libro de Henoch es absolutamente ridícula. Además de los egrégores, de los cuatro ángeles clásicos, Gabriel, Rafael y Uriel o Fannel, describe un pueblo de seres celestiales, cuyos nombres inserta descaradamente.

Por consiguiente vemos cómo la agada judía presenta el carácter más pueril. La imaginación precisa y delicada que da tanto encanto a las leyendas de Occidente, no existe en las leyendas orientales. Una obra

muy singular es esta especie de Biblia agádica, que conocemos con el título de *Libro de los Jubileos* o *Pequeño Génesis*. El original fue compuesto indudablemente en hebreo, y el autor escribió en forma de una revelación que se supone hecha a Moisés en el Sinaí por un ángel que está delante de la faz de Dios. Sigue paso a paso el relato bíblico desde el principio del Génesis hasta el capítulo XII del Éxodo, pero omitiendo, añadiendo y variando a su gusto.

El autor cree en la persistencia de las almas, pero no en la resurrección. Es poco mesianista y muy adicto a la ley.

Aquellos libros apócrifos se parecían entre sí. Se citaban y se conocían mutuamente. Pertenecen sin duda alguna al mismo partido, caracterizado por sus tendencias amplias respecto al fariseísmo o sus afinidades futuras con el cristianismo. Aquella familia debía de formar un círculo que tenía su literatura aparte, y Jesús estuvo seguramente con ella en las relaciones más estrechas.

Junto a los fariseos, saduceos, esenios, etcétera, hubo lo que se puede llamar apocaliptistas, apócrifistas, la escuela que produjo los libros que acabamos de citar. Todos los profetas pseudo-epígrafos aparecen animados del mismo espíritu, que en muchos conceptos es el de Jesús. Eran al mismo tiempo mesianistas, partidarios del fraude piadoso, de esta mentira deseada y creída al mismo tiempo. A fuerza de hablar del Mesías, lo crearon. Por esto conservaron los cristianos su literatura. Los judíos ortodoxos, los fariseos, dejaron perecer los originales hebreos, de los que sólo quedan las traducciones. Los cristianos colocan estos dos escritos en canon, los continúan, y durante dos siglos producen una serie de obras del mismo género. Los cristianos helenistas, como Orígenes, les tienen aversión y llegan hasta a destruirlos. En la Iglesia Ortodoxa, estos libros, antes tan venerados, se convierten en obras malas y perseguidas como peligrosas.

Las vidas de los profetas eran embellecidas con bastante mal gusto y no se temía llevar lo sobrenatural hasta lo grotesco.

Aquellos escritos, cuya falsedad era evidente, se consideraban perfectamente auténticos y se leían con avidez. Jesús y sus primeros discípulos fueron de sus lectores, y de ellos sacaron parte de su fe ardiente. Las primeras dudas surgieron en los cristianos del siglo III, como Orígenes, que habían recibido una educación helénica.

Jamás se vio algo tan cándidamente crédulo, y fue precisamente el siglo del gran florecimiento de la fe. Parecía extinguida la facultad que razona en el espíritu humano. La locura infantil era el ambiente habitual. Se afirmaba o se creía sin razón. Las religiones no se fundan más que en esa clase de medios. Un minimum de racionalismo en el aire ambiente basta para matarlas en su infancia. La enorme ilusión que fundamentó la fe en la resurrección de Jesús no fue posible más que en el tiempo de Henoch y en Moisés, resucitados literariamente.

Existía otro modo de agada muy superior, la parábola, de la cual no parecen existir ejemplos antes de Jesús. Este género encantador de enseñanza que el budismo poseía en tiempo atrás, no lo conoció probablemente el judaísmo. Las parábolas del reino de Dios, cuando las pronunció Jesús, fueron una gran novedad. El defecto del género antiguo, lo

indefinido de sus contornos, se convierte en una cualidad, y es un verdadero prodigio haber sacado una obra maestra del fárrago de la agada judía. Si se pueden atribuir a Jesús milagros únicamente literarios, confesaremos que esto fue un milagro de primer orden.